

# Este colapso económico es una ‘crisis de enormidad’

Paul Kingsnorth

*The Guardian*

25 septiembre 2011

Traducción: Javier Villate

Sobrevivir a un colapso es una experiencia curiosa. Tal vez lo más curioso es que nadie quiere admitir que se trata de un colapso. Los resultados de medio siglo de “crecimiento” basado en la deuda ya no se pueden ocultar, pero aun cuando las economías y las certezas se desmoronan, los líderes que hemos elegido mantienen el tipo con serenidad. Nadie quiere ser el primero en decir que la presa se ha roto sin remedio.

Escuchar a un líder político en este momento histórico es como sentarse a escuchar un **sermón** de un cura que ha perdido la fe, pero que evita, de forma desesperada, reconocerlo, ni siquiera en su fuero interno. Vean a Nick Clegg, David Cameron o Ed Miliband recurriendo a lugares comunes propios de un tipo duro ante los fieles de sus partidos. Escuchen a Angela Merkel, Nicolas Sarkozy o George Papandreu fingiendo que todo va bien en la eurozona. Estudien las expresiones de los rostros de Barack Obama o **Ben Bernanke** cuando hablan de “crecimiento”, como si se tratara de un dios pagano que debe ser apaciguado depositando una propina de dinero ficticio en la boca del volcán.

En tiempos como estos, la gente busca respuestas en otros sitios. Un tiempo de crisis es, también, un tiempo de oportunidades y el pensamiento que fue arrinconado se desplaza hacia el centro del escenario. Cuando las cosas se

desplomán, el apetito por nuevas formas de pensar es palpable y siempre hay muchas personas dispuestas a saciarlo presentándose con sus grandes ideas.

¿Pero qué pasa si las grandes ideas forman parte del problema? ¿Qué pasa si, en realidad, el problema es precisamente esa grandeza, esa enormidad de las ideas?

La crisis que se está desplegando en la actualidad a escala mundial es una crisis de crecimiento. No, como se suele decir, una crisis causada por un crecimiento demasiado pequeño, sino por un crecimiento excesivo. Los bancos han crecido tanto que su colapso arrastraría a la economía global en su totalidad. Para impedir esto, fueron rescatados con enormes cantidades de dinero público, lo cual, a su vez, ha precipitado crisis sociales en las calles de los países occidentales. La Unión Europea ha crecido tanto, y de forma tan irresponsable, que amenaza con desmoronarse. Las corporaciones han crecido tanto que están aplastando a las democracias y desarrollando una plutocracia global que sirve a sus intereses. La economía humana como un todo ha crecido tanto que ha sido capaz de modificar la composición atmosférica del planeta y precipitar una extinción en masa.

Un hombre que no habría sido sorprendido por esta crisis de enormidad, si hubiera vivido para verlo, fue **Leopold Kohr**. Kohr es probablemente el más importante pensador político del que nunca has oído hablar. A diferencia de Marx, no fundó un movimiento mundial ni inspiró revoluciones. A diferencia de Hayek, no reescribió las reglas económicas del mundo moderno. Kohr fue un hombre modesto y autocrítica, pero esta no fue la razón de que sus ideas hayan sido ignoradas por quienes han movido los hilos en los últimos cincuenta años. Han sido ignoradas porque no adulan los egos de los hambrientos de poder, sean estos revolucionarios o plutócratas. De hecho, el mensaje de Kohr es un gran desafío para ellos. “Siempre que algo está mal, ese algo es demasiado grande”, insistía Kohr.

Kohr nació en 1909 en la pequeña ciudad austríaca de Oberndorf. Esta infancia pueblerina, junto con su estudio crítico de la economía y la teoría política en la London School of Economics, su experiencia de las ciudades anarquistas en la guerra civil española, de la que informó como corresponsal de guerra, y el hecho de que se viera obligado a huir de Austria después de la invasión nazi (Kohr era judío) contribuyeron a su creciente sospecha del poder y de sus abusos.

Asentado en Estados Unidos, Kohr comenzó a escribir el libro que definiría su pensamiento. Publicado en 1957, *The Breakdown of Nations* expuso lo que en ese momento eran unas ideas radicales: que los estados pequeños, las naciones pequeñas y las economías pequeñas son más pacíficas, más prósperas y más creativas que las grandes potencias o los superestados. Era una tesis que estaba absolutamente fuera de onda. Estábamos en el amanecer de la era espacial, una época de gran confianza en el destino progresista, gigantista y tecnológico de la humanidad. Los pensadores políticos afamados hablaban seriamente de crear un gobierno mundial como el siguiente paso hacia la unidad de la humanidad. Kohr disintió radicalmente de las ideas dominantes. Más adelante comentó, con aridez, que sus críticos “desestimaron mis ideas calificándome como un poeta”.

La tesis de Kohr era que los problemas de la sociedad no eran causados por formas concretas de organización social o económica, sino por su tamaño. El socialismo, el anarquismo, el capitalismo, la democracia, la monarquía, todos podían funcionar bien a “escala humana”, una escala en la que la gente pudiera jugar un papel en los sistemas que regían sus vidas. Pero una vez que crecieron hasta convertirse en los estados modernos, todos los sistemas se volvieron opresores. Cambiar el sistema, o la ideología en la que se inspiraba, no impediría la opresión —como se ha comprobado con varias revoluciones— porque “el problema no es la cosa que es grande, sino su enormidad misma”.

Basándose en la historia, Kohr demostró que cuando la gente tiene demasiado poder, bajo cualquier sistema, abusa de él. Por lo tanto, la tarea consiste en limitar la cantidad de poder que cualquier individuo, organización o gobierno puede acumular en sus manos. La solución de los problemas del mundo no pasa por una mayor unidad, sino por una mayor división. El mundo debería romperse en pequeños estados, aproximadamente equivalentes en tamaño y poder, evitando, así, su crecimiento y, por tanto, la dominación de cualquiera de ellos. Los estados y las economías pequeños son más flexibles, más capaces de tratar con las tormentas económicas, menos capaces de librar guerras serias y más responsables ante sus ciudadanos. También son más creativos. A través de un rápido recorrido por la Europa medieval y moderna, *The Breakdown of Nations* hace un brillante trabajo para persuadir al lector/a de que muchas de los hitos de la cultura occidental, desde las catedrales hasta las grandes obras de arte y las innovaciones científicas, fueron el producto de estados pequeños.

Para comprender el enérgico y profético poder de las ideas de Kohr, hay que leer *The Breakdown of Nations*. Algunos se sorprenderán. Kohr predijo que la enormidad solo podía conducir a más enormidad, pues “todo lo que sobrepase ciertos límites empieza a sufrir el inevitable problema de las proporciones inmanejables”. Más allá de estos límites, será necesario acumular más poder con el fin de manejar el poder acumulado. El crecimiento será canceroso e imparable, hasta que alcance el único final posible: el colapso.

Ya hemos alcanzado el punto del que Kohr nos advirtió hace medio siglo: el punto en el que “en lugar de que el crecimiento esté al servicio de la vida, es la vida la que está al servicio del crecimiento, pervirtiendo el propósito mismo de la existencia”. La “crisis de enormidad” de la que nos hablaba Kohr está ante nosotros y, como era de esperar, estamos forcejeando para hacerle frente con más de lo mismo: uniones fiscales más estrechas, gobernanza mundial más férrea, planes de geoingeniería, más crecimiento económico. Al parecer, lo enorme es tan hermoso como siempre para quienes tienen la difícil tarea de mantener en marcha la máquina del crecimiento.

Esto no debería sorprendernos. No le sorprendió a Kohr, quien, a diferencia de algunos de sus críticos utópicos, nunca confundió el deseo de un cambio radical con la probabilidad de que realmente tenga lugar. Por el contrario, su conclusión pesimista, pero refrescantemente honesta, fue que, al igual que una estrella moribunda, el sistema global gigantista terminará por desmoronarse solo y todo el ciclo de crecimiento empezará de nuevo. Pero antes de que tal cosa suceda, “entre las edades de hielo intelectuales de la dominación de las superpotencias”, el mundo se volverá “pequeño y libre una vez más”.

**DISENSO**

[disenso.wordpress.com](http://disenso.wordpress.com)